



Aspecto del auditorium de la Feria del Campo, de Madrid, en los prolegómenos del mitin celebrado durante la segunda jornada de la Fiesta del PCE.

La fiesta del PCE

UN TESTIMONIO POPULAR

FERNANDO LARA

PARA toda una generación de niños madrileños, la Feria del Campo estaba situada en una parcela fastidiosa y aburrida de la memoria infantil, al lado del prefecto del colegio, la visita de la tía abuela que inevitablemente nos jorobaba el cine del jueves por la tarde o la soledad de un día de fiesta con lluvia. Cada cuatro años, fatalmente, la clase media madrileña dedicaba sus domingos de primavera a conocer las virtudes de la última cosechadora-gavilladora—no sé qué, a admirar el porte de la vaca más gorda de la Montaña o a deslumbrarse ante la cantidad de trigo que producía la Argentina. Los niños de entonces, los niños de los cincuenta y parte de los sesenta, maldecíamos en silencio a nuestros abnegados padres, que —cuando nosotros, muertos de sueño, flaqueábamos al cobijo de algún árbol— se aprestaban a la lucha para participar en esa "degustación gratuita de café" que ofrecía generosamente el "stand" de Colombia...

Muchos de esos niños hoy son militantes del PCE, o simpatizantes del partido, o simples sostenedores con su voto de las organizaciones de izquierda. Y estoy seguro de que más de uno sentiría un cierto repeluzno de prevención cuando se vio encaminarse por la calle de los pabellones regionales, el gran "stand" internacional o el gigantesco auditorio. Pero lo que en el recinto de la Feria del Campo de Madrid ha sucedido en este último fin de semana no tenía —por fortuna— nada que ver con aquel montaje burocrático, verticalista y de cartón piedra de nuestros recuerdos de infancia. Porque si ha habido algo que ha caracterizado a la Fiesta organizada por el Partido Comunista de España el sábado 15 y el domingo 16 de octubre, ha sido precisamente su

carácter de algo vivo, popular, comunitario. Ese millón y medio de personas (según fuentes del propio PCE) que, a lo largo de los dos días, han llenado todas y cada una de las instalaciones de la Fiesta, que han recorrido sin parar hasta las zonas más alejadas del amplio recinto ferial, que se han cubierto de pegatinas, comprado todo tipo de recuerdos y comida y bebido hasta que ya no hubo más; ese millón y medio de personas son un nuevo testimonio del potencial popular de nuestra izquierda y, en este caso concretamente, del Partido Comunista. Aquello era una fiesta donde la gente iba a divertirse y a pasarlo bien de la manera que cada uno prefería, de acuerdo; pero una fiesta de un partido político es siempre algo más, algo que excede a la simple evasión durante unas cuantas horas. Los franceses y los italianos ya lo sabían, con sus tradicionales fiestas de "L'Humanité" y de "Unità". Pero —sin desmerecer nada a éstas, según testimonios directos— faltaba hacer la comprobación aquí y ahora. Y esa comprobación no ha podido ser más positiva.

Allí estaban todas las nacionalidades, pueblos y regiones de España a través de sus organizaciones del Partido Comunista, instaladas cada una —salvo ciertos casos, como el de Valencia, cuya Cámara de Comercio se negó a alquilar el "stand"— en su pabellón, pero perfectamente solidarias; allí estaban las delegaciones de casi todos los partidos comunistas del mundo (incluido el soviético, para evitar malos pensamientos) y de sus órganos de expresión; allí estaban, una por una, en el gigantesco recinto de Madrid, todas las organizaciones de los barrios y de la periferia; allí estaban, paseando con sus banderas, militantes del partido —especialmente del PSUC—, venidos en autocares desde ciento y un lugares... Por es-

tar, hasta estuvieron (el domingo por la mañana) el gobernador civil de Madrid, Juan José Rosón, y el alcalde Arespacochaga. El primero, mirando muy atentamente las multicopistas del período de clandestinidad que "Mundo Obrero" mostraba en su "stand"...; el segundo, afirmando que, pese a todas sus diferencias ideológicas con ellos, los comunistas le caían bien...

Para esos "militantes de oro" que Carrillo siempre cita en sus discursos, la Fiesta tuvo un regalo especial, que compensó sus esfuerzos en la enorme organización o su fatiga de querer vivir el programa a tope: la presencia en el mitin del domingo por la tarde de Dolores Ibárruri. Era la primera vez que "Pasionaria" comparecía ante sus camaradas en Madrid

dentro de un acto público, gigantesco público, pues no habría menos de 250.000 personas desbordando totalmente la capacidad de un recinto que estallaba —casi literalmente— por sus cuatro costados. Dolores, vestida totalmente de negro, emocionada, sonriendo en medio de la fatiga, fue recibida clamorosamente por un auditorio que no cayó en su empeño de que "Pasionaria" le dirigiera la palabra hasta que, por fin, lo consiguió al término del acto: Dolores animó a todos los presentes a "seguir luchando por la libertad, la democracia y el socialismo". Antes, precedido por Simón Sánchez Montero, que hizo un pormenorizado saludo a las delegaciones y representantes que acudieron a la Fiesta, y seguido por Rafael Alberti, que se empuñó en leer unos poemas, habló Santiago Carrillo. Fue el suyo un discurso, por fortuna, poco "mitinero", que enfocó como una rendición de cuentas de los parlamentarios del PCE ante los votantes que les habían elegido. El contenido central de sus palabras estuvo dedicado a explicar pormenorizadamente los acuerdos de la Moncloa, tanto a nivel económico como político. Carrillo afirmó que estas reuniones constituían en la práctica un "supergobierno" que había venido a dar la razón a las tesis comunistas sobre el Gobierno de concentración democrática. Rehuyó toda querrela con el PSOE a propósito de las declaraciones de Felipe González en los últimos días, y finalizó Carrillo su intervención preguntando si se aprobaba o no la política que estaba llevando el PCE. Un enorme y algo colegial "Sí!!!" retumbó por toda la Feria del Campo.

Luego, hasta la medianoche, conducida por cantantes y actores, siguió la Fiesta. Las caretas de Carrillo —el máximo acierto festivo de estos días, a 15 pesetas ejemplar— inundaban las salidas; muchos miraban agradecidos a un cielo que, pese al temor de todos por el recuerdo de Torreledones y lo nublado de las dos jornadas, había retenido la lluvia, y los más enfervorizados pensaban ya en la próxima Fiesta. ■



Por primera vez después de casi cuarenta años, Dolores Ibárruri compareció en Madrid dentro de un acto público. Junto a ella, mientras canta Ricardo Cantalapiedra, Alberti e Ignacio Gallego.